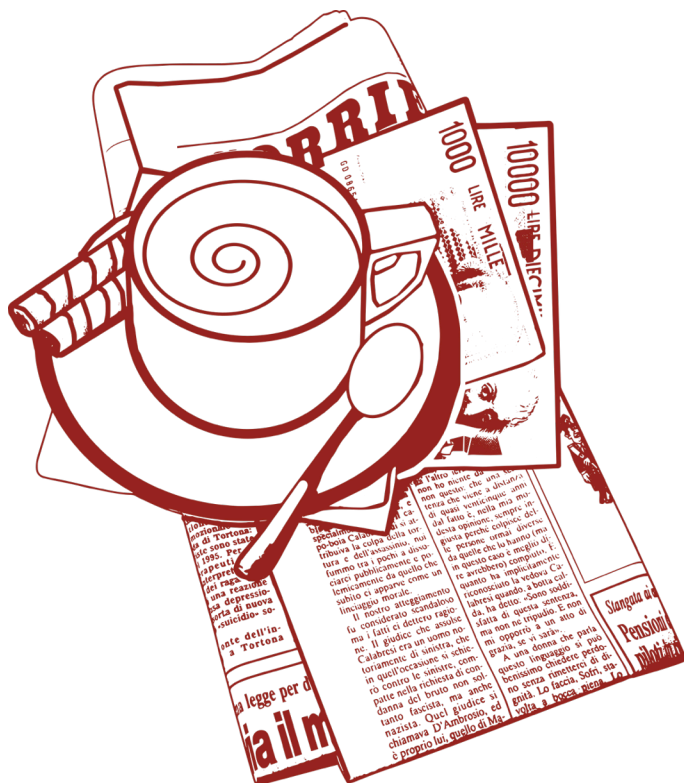


EL FIN DEL MUNDO

Héctor Martínez Sanz



EL FIN DEL MUNDO

por Héctor Martínez Sanz

Incluido en

Cuentos Privados (2016)

© Héctor Martínez Sanz, 2016

www.hmartinezsanz.wordpress.com

www.retratoliterario.wordpress.com

1ª Edición— Madrid, julio 2016

EDITADO EN ESPAÑA

Los medios lo anunciaban con su habitual bombo: el fin del mundo sería esa semana. Al principio no fue más que una noticia entre noticias. Ni siquiera apareció el lunes en portada. Qué asunto iba a poder arrebatarse las grandes y gordas letras a la precampaña. Pero, en el transcurrir de la semana, esta noticia escaló puestos hasta que el mismo miércoles ocupaba ya un hueco junto a la fotografía de los candidatos.

—¡Qué ironía! —dijo don Antonio al camarero, que le servía entonces una taza muy caliente de café con leche, con dos terrones de azúcar, en la terraza.

No habían empezado aún los rigores del calor veraniego, pero en los climas templados la primavera es un anuncio que sacaba las mesas y sillas de los bares a la calle.

—¿Disculpe? —Gerardo, el sorprendido camarero, no sabía si don Antonio le hablaba a él o para sí mismo.

—Mira esto, Gerardo. Esta foto. Y luego lee lo que lleva al lado.

—Sí que parece hecho aposta. Los periodistas ya no saben qué hacer para llamar la atención.

Don Antonio leía la portada del diario matutino. Junto a la doble foto de quienes aspiraban a gobernar, estaba la noticia: *El fin del mundo será el próximo domingo*. También ese día era la jornada electoral, y tendría intencionalidad el sarcasmo si no fuera porque se trataba de dos asuntos bien distintos. Sin embargo, tal y como nadie prestó atención a la segunda noticia cuando esta aparecía en páginas interiores, tampoco ahora, impresa en la primera, se tomó más allá de la casual broma que formaba junto a los candidatos.

—¿Tú crees que se trata de llamar la atención? Yo lo veo, mi querido amigo, como toda una señal. Ya queda menos y

pronto no habrá muchos hombres sobre el planeta. Créeme, que tengo estudios y pido cafés.

El último comentario no gustó nada a Gerardo. Sabía del escaso tacto que se gastaba don Antonio, y de lo poco que medía sus palabras en presencia de otros. Y si algo se le reprochaba, increíblemente se defendía hasta dejar sin palabras a los demás. Le encantaba elevar las puntualizaciones de sus interlocutores a la altura de apasionadas discusiones abstractas que luego aplicaba a la circunstancia terrenal. Gerardo lo sabía muy bien, tras encontrarse a Platón detrás de una taza de café con demasiada leche, o una prueba de la existencia de Dios oculta bajo las esquirlas de un plato caído y roto, razón por lo que solía ser precavido y, aun sabiendo de qué pudiera estar hablando don Antonio, preguntaba antes de lanzarse a decir nada. De hecho, apenas llegaba a traspasar la interrogación por miedo a la interminable concatenación de razonamientos filosóficos. Sin embargo, no tuvo

cautela esta vez y aventuró una réplica demasiado abierta para el genio de don Antonio. Y este siguió:

—No es casualidad ni es cosa de la torpeza periodística. Dudo que hayan sido capaces de advertir la ironía. Al contrario, realmente han tomado en serio la predicción del viejo loco. Ya se han cumplido varias de las advertencias, lo han dicho, y ahora empiezan a tomarlo en serio. Apuesto lo que quieras a que mañana estos dos —señalando las fotografías— ni aparecen.

—Por nuestro bien, espero que no. ¡Con lo que disfruto yo sirviéndole a usted el café! —Gerardo contestaba así, tan sutil, a la ofensa anterior.

—¿Nuestro bien? ¡Qué sabrás tú del Bien! Eso se nos escapa a cada instante. Este café que me sirves no es más que un capricho, un placer, puro hedonismo. E incluso si dejara pasar el momento justo, también tal placer huiría en el enfriamiento. Pero nadie nos dice que momento es ese. Acaso disfrutamos pensando que

dimos en la diana y al resultado lo llamamos así. El Bien, y encima en plural. ¡Nuestro Bien! Por favor, Gerardo, hablas como si eso existiera.

La voz del gerente, desde dentro del bar, salvó por la campana a Gerardo de escuchar el interminable discurso improvisado que se avecinaba. Con un *perdón, me solicitan dentro*, Gerardo se escabulló mientras seguía escuchando aquel *¡Nuestro Bien!, Por favor* que don Antonio repetía, cada vez más bajo, agitando su cabeza de lado a lado.

Un extravagante hombre, que vestía largas túnicas, solo llevaba rapada media cabeza luciendo en la otra media melena hasta el hombro y que era un virtuoso de la trompeta, había saltado a los medios la semana anterior, anunciando una catástrofe por día para la siguiente. Para el lunes advirtió una espesa y oscura niebla a plena luz del sol, que convertiría el día en noche. Y así fue, tanto como para que se diera orden de encender todo el alumbrado de ciudades y pueblos como si, realmente,

no hubiera salido el sol, sobre todo por el elevado número de accidentes que se produjeron. Muy pocos habían escuchado el mensaje, y de aquellos que lo escucharon, lo tacharon de locura.

Pero ya el martes, la siguiente profecía recibió más cobertura. En este día pronosticó el fenómeno inverso: la noche se hará día. Así, hubo veinticuatro horas seguidas de oscuridad, y otras veinticuatro seguidas de luz. En los noticiarios se hicieron eco de los fenómenos, pero todavía los habitantes no lo relacionaban con aquel hombre tan extraño. Tan pronto se debía al efecto invernadero y al cambio climático, como a una variación del eje del planeta o a una extraña teoría, eso sí, científica, sobre la refracción de la luz entre asteroides que se habían interpuesto entre el astro solar y la Tierra. Lo que no cambiaba era la imagen de los candidatos, usando los sucesos como metáforas de su propia carrera hacia el gobierno, tirando la oscuridad a la cabeza del contrario o haciéndose para sí con el

largo y luminoso día de sol, como transparencia, iluminación... Como siempre, lo malo es culpa del otro, y lo que se entiende bueno, es mérito de uno.

Y para el miércoles, ¿qué se anunció? Todavía no había sucedido. Estaba prevista para una hora imprecisa de la tarde la caída desde las alturas de todas las aves. Cerrarían sus alas y, rígidos, sus cuerpos cederían a la muerte y la gravedad.

Don Antonio acababa de cerrar el diario y depositarlo sobre la mesa de la terraza, disponiéndose a dar el primer sorbo del ardiente café, cuando una leve y danzarina pluma resbalaba sobre el aire hasta posarse sobre el periódico. La hora marcaba, exactamente, las cinco y cuarenta y siete minutos. Una hora difícil de precisar. Todos los paseantes corrieron a refugiarse de aquella siniestra lluvia en cualquier local. Don Antonio cogió la pluma entre sus manos. No es habitual poder llevarse un trozo del Apocalipsis en el bolsillo.

Y así, jueves, viernes y sábado, alcanzaba aquel profeta su protagonismo según se cumplían sus visiones. Ninguna agua sería, desde el jueves, apta para el consumo. El que bebiera, moriría al instante de una horrible infección. El que no bebiera, tendría tres días más de vida. Muchos decidieron arriesgarse, y sirvieron para constatar la verdad del peligro. Don Antonio, precavido, tomaba ahora sus cafés en sobres solubles con la leche a la temperatura de su gusto. Gerardo dejó de lavar los vasos y tazas por orden del Gerente. Ante todo estaba el mantener viva a la clientela, para mantener vivo el negocio. Para entonces los asuntos del poder habían desaparecido. Sin embargo, los rotativos siguieron funcionando y no callaron su megáfono de las catástrofes.

Como buen hombre de costumbres, y Gerardo como excelente profesional, uno y otro siguieron cumpliendo con su ritual en la terraza. El uno poniendo el café y el otro leyendo el diario y comentándoselo al

camarero, como si nada pasase, como si fuesen meros espectadores.

—¡Lo ves! Ya te dije que para hoy, don importantes desaparecerían. Suele ocurrir cuando deja de funcionar el palabreo. Cuando se monta gorda, son del todo ineficaces. No pueden nada contra la que se nos viene encima. ¡Mira! ¡Mira la portada!, ¿quién es? El único que nos ha dicho la verdad. Yo votaría a este hombre —y clavó su índice sobre la fotografía del profeta.

—Don Antonio, votar a ese hombre con esas pintas. Ahora es fácil, claro. Pero uno lo ve, así como salido de la nada, y a bote pronto, lo toma por loco.

—Esa es, precisamente, la actitud que nos ha abocado a esto. Las pintas son un adorno para creer al que habla. La verdad, Gerardo, no usa fondo de armario. Va desnuda.

—Menudo escándalo, entonces, ¿no cree?

—Escándalo, sí. La verdad siempre lo trae. Por fin demuestras algo de sensatez,

muchacho. Por eso al que la dice le tachan de loco. Como Adanes y Evas, todavía tenemos vergüenza ante el desnudo.

—Total, para el caso que se le hace. Ya ve usted cómo estamos —sentenció Gerardo, y se apresuró a desaparecer mientras terminaba la frase, al sentir cómo don Antonio ya había clavado sus ojos en aquellas palabras, y estático, esperaba turno para sermonear.

El viernes, todo el cielo se encapotó por las nubes y se produjo un insopportable bochorno. El sol calentaba la cúpula formada y el mundo quedó como un enorme invernadero insufrible. Nada tenía sentido para nadie, y gran número de hombres decidieron no esperar el tormento del sábado o el definitivo final del domingo. Quizás fuera por desesperación o por hacer valer el poco orgullo que les quedara, y bebieron cuanta agua pudieron para acabar por ellos mismos con el sufrimiento. Lo que no sabían era que cumplían escrupulosamente con la siguiente condena: el sábado no quedarían

más que ciento cuarenta y cuatro mil hombres sobre la Tierra. Los demás, desgarrados, se suicidarían masivamente.

Don Antonio y Gerardo aún formaban parte de los vivos, solo que ahora, el café servido y tomado no necesitaba ser calentado.

Ninguno de los hombres que aún restaban sobre la tierra hostil, pudo descansar y dormir. Habían decidido vivir hasta el final y soportaron todas y cada una de las maldiciones. Bien por no reunir el valor suficiente para quitarse la vida, bien por querer vivir hasta el final o por una morbosa curiosidad humana de conocer el término de tantos siglos. Hay quien no puede dejar de leer un libro, por malo que sea, simplemente por no quedar en ascuas. Y esperaron a lo largo del interminable domingo, lento domingo, probablemente el más largo en la historia de la humanidad.

Desde luego, no hubo elecciones, ni urnas, ni votos. No existían ya los candidatos ni los mítines. Tampoco los reproches,

las ofensas o los insultos. Los hombres aguardaban a la expectativa de su propio destino. Sin embargo... no ocurrió nada. El día pasó a la noche, y tras ella, un nuevo lunes. El sol también parecía nuevo, las nubes se abrieron y la temperatura se había relajado. Al contemplar cómo un perro lamía el agua de un charco en una esquina recóndita, junto a unas sillas y mesas de un bar puestas en la calle, se supo que el agua volvía a ser potable.

Y don Antonio allí estaba, sentado en su sitio acostumbrado de la terraza, mirando al perro. Lucía en la solapa una hermosa y gran pluma de ave, cuidada con gran esmero. Gerardo, salía con su bandeja y el café de toda la vida.

—¿Sabe, don Antonio? Ha sido un final que me ha gustado. Ahora tenemos que comenzar de nuevo —y depositó la taza de café con leche caliente y los dos terrones de azúcar.

—¿De nuevo? No, Gerardo. Ahora hay que empezar, a secas, sin más.

—¿Empezar el qué?

—No sé... otra cosa... algo distinto que habrá de terminar como las otras veces. Algo que momentáneamente salga y sepa bien.

—Si le parece —señalando la taza— puedo cambiárselo por un café con hielo.

—Es una buena idea, pero a partir de mañana.

—Don Antonio, es usted un nostálgico.

—Sí, Gerardo, sí. Echo de menos el mundo que ha terminado, tanto como al periódico. Hoy no tienen nada que contar ni hay quien lo cuente, no hay noticia en esta nueva semana. Hecho está.

—Amén, don Antonio, Amén.

FIN